

S. JUAN B. DE LA SALLE EN LA HISTORIA DE LA PEDAGOGIA

El Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas se dispone a celebrar, en los sesenta y cuatro países en que ejerce su función docente, el tercer centenario del nacimiento de su Fundador, S. Juan B. de la Salle.

Con este motivo nos parece que será grato a los lectores de REVISTA ESPAÑOLA DE PEDAGOGÍA que les presentemos, en una visión de conjunto, el puesto que el gran pedagogo ocupa en la Historia de la Pedagogía.

1. El problema, como se dice hoy, de las fuentes lasalianas, internas y externas, está abierto todavía. Sin embargo de ello, los elementos principales de una valoración crítica, según el estudio de los más inmediatos precursores de La Salle y de las instituciones escolares de los siglos XVII y XVIII en Francia, parecen adquiridos.

Guibert (1) y más recientemente Rigault (2) tienen páginas satisfactoriamente documentadas sobre las ideas e iniciativas pedagógicas del siglo XVII.

Furrier, Carlos Demia, el P. Barré, por no citar sino los predecesores más inmediatos, nos son conocidos en su obra y en sus escritos. La tradición beruliano-sulpiciano, de la cual deriva la doctrina ascética lasaliana, ha sido diligentemente investigada a través de Tronson, Olier, Condren, hasta el mismo de Berulle.

Port-Royal, Comenio, Locke, Fenelón, Francke son universalmente conocidos. Notemos el hecho de que la pedagogía lasaliana «viene, en su mayor parte, representada como el resultado de un esfuerzo, ardido y prudente al mismo tiempo, de coordinación, de revisión, de adaptación; pero enriquecido con innovaciones sugeridas por el respeto y conocimiento del discípulo».

Este juicio es ecuaníme y sereno. Puede, pues, establecerse con certeza lo que La Salle debe a sus predecesores y a su tiempo,

(1) *Histoire de St. Jean B. de la Salle* (1900), p. XXVII.

(2) *Hist. Gen. de l'Inst. des FF. des EE. CC.* t. I, p. 18, ss.

por lo menos en sus líneas generales y en muchos casos particulares.

Lo que es particularmente suyo resulta de la inconfundible personalidad del Santo, de su concepto de la vida y de la educación, del espíritu de su Congregación, y de las instituciones que ha dejado.

2. Es obvio afirmar que los grandes problemas de la pedagogía no se agitan en su propio campo, sino fuera, en el teológico o en el filosófico.

El siglo xvii, a cuyas últimas décadas pertenece la formación de La Salle, está caracterizado en Francia por un ancho resurgimiento religioso, tanto en el seno del catolicismo como en la herejía. Los mismos motivos políticos de la lucha jansenista, que aparecen en determinados casos como prevaletentes, no son, en realidad, sino concomitantes y secundarios, aun cuando en el galicanismo encuentra su más favorable campo de batalla.

Toda la educación, muchas veces se ha repetido ya, supone una filosofía de la vida. Pero conviene añadir que la vida misma postula un valor trascendental, y que, al igual que la filosofía, la educación supone un concepto teológico de la existencia. Así la pedagogía alcanza su valor teleológico, igual al de la vida, en su objeto propio, que es el hombre, no sólo en la contingencia de sus fines próximos, sino también en la necesidad de su fin último.

Catolicismo y jansenismo asignan a la vida como valor final a Dios. Varían, sin embargo, en el concepto psicológico de la educación, pues que establecen diferentemente las relaciones entre el hombre y Dios.

El niño, según el jansenismo, está funcionalmente inclinado al mal, porque la naturaleza humana está irremediabilmente dañada por el pecado original, que la ha alcanzado en su esencia. Dejado a sí mismo, no puede sino pecar; y la educación, por tanto, no ha de mirar sino a corregir la naturaleza decaída, creando las condiciones extrínsecas de la gracia, único medio por el cual el hombre entra en posesión de su fin último.

De aquí una serie minuciosa de cautelas, de constricciones, de las que no pudo liberarse ningún alumno de Port-Royal, en cuya escuela debe el niño contradecir a su naturaleza, y en la

que el maestro se ve condenado a la inutilidad de su esfuerzo, si en el discípulo no cae la inescrutable predestinación divina.

En el fondo, el maestro reconoce esta predestinación en las disposiciones de la mente y del corazón del niño; pero los cánones son de un ascetismo severo que llega a los afectos más humanos.

No hay quien no vea la angustia de un cielo que se cierra sobre su propia cabeza y la rarefacción de una vida que debe alcanzar con heroísmo del sentimiento la razón de su propia conducta.

Esta era la temperatura jansenista, que había anchamente penetrado en gran parte del clero secular y regular de Francia y de la masa del pueblo cristiano.

San Juan B. de la Salle vive y obra en ella, contraponiendo la doctrina católica de una gracia pródiga y previniente. Ve en el niño una inocencia que hay que preservar con segura confianza en Dios. Abre sus escuelas a la masa, y si mira sobre todo a inspirar el horror del pecado, no deja de enseñar a creer en el amor y la salvífica bondad divina, en el valor de las obras buenas, en la pureza de los afectos...

Dios es el centro de su escuela, como de la vida. Su educación es esencialmente conocimiento y práctica de la religión. La religión es como la virtud que consagra la vida.

Entre los valores que convergen al valor final, Dios, casi no ve sino el religioso. No el político, aunque no ignora la patria (3); no el sociológico, aunque no ignora la colectividad (4); no el estético, aunque ame el orden y la belleza (5); no el ético, aunque no desprecie la razón y el saber (6).

El ideal educativo puede ser el progreso de todos los valores hacia el valor religioso; pero ya de por sí el valor religioso conduce a Dios.

La Salle, que no ha intentado el análisis de los valores humanos, ha procedido por síntesis, apoyado en el único valor que le guiaba seguramente a Dios.

Pero este ideal que parece que no mira más que a Dios, mira

(3) Med. CLX, 3.

(4) Med. CCII, 2.

(5) *Reglamento de S. Yon.* Cf. Rigault, t. I, p. 402.

(6) Med. CLXX, 2.

de hecho, mejor que ningún otro, al hombre, porque le ve como es con relación a su fin. Errar en la dirección es errar todo el camino. Y La Salle no erró.

Recibía este ideal de la filosofía católica, del Evangelio, de los Padres y de la Escolástica. Lo asimilaba en la doctrina beruliana, aprendida en San Sulpicio. Lo enfocaba a ascesis de la lucha jansenista de sus días, y lo implantaba con su propia santidad.

El, La Salle, no fué un filósofo, ni un artista, sino, sencillamente, un santo, en la acepción común de la palabra.

La educación es una generación espiritual. Toda generación es reproducción del propio ideal. La Salle quiere comunicar su santidad a sus discípulos. Pero como la santificación es obra de Dios, y Dios la obra por medio de Cristo, el Santo Educador pone en el centro de su teoría pedagógica la íntima *adherencia* del espíritu de los misterios del Señor, según la doctrina del *Cuerpo místico*, en el reflejo beruliano.

No sistemático, sino organizador, construye en torno al ideal teológico místico un ambiente que lo realiza. La ausencia de los otros valores no cabe en su educación; pero el valor religioso es visto por el maestro y por el discípulo, y esto basta, por sí solo, para la síntesis humana.

Como primera fuente del obrar y del pensar lasalianos no encontramos, pues, al hombre, sino a Dios, que él poseía con su santidad.

3. A los hombres debía las formas, muchas de las formas de su actividad. Principia, en efecto, sus escuelas como las escuelas de su tiempo, como las que tiene a su vista de Fourrier o de Barré. La *Escuela parroquial* es la carta magna, hasta que la *Conduite*, fruto de su experiencia y de la de sus discípulos, la sustituye. Las innovaciones metodológicas, ya se comprende, o son correcciones o desarrollos. Como Fourrier o Demia, divide los alumnos por clases, y éstas las subdivide en grupos menores. Estas se definen poco a poco: las clases son tres; las lecciones de lectura, nueve; ocho las de escritura, etc.

El ludo organizador y práctico procede en las formas comunes, primero en la *comunidad de maestros*, como Nyel, como Barré, como Fourrier. Después se cambia en *seminarios para maestros*, como hacían ya Demia y Francke; o en *noviciado* para

religiosos cuyo único empleo sea la escuela y la santificación por la escuela. Aun la forma de la Congregación, compuesta sólo de legos, recuerda la de los Hermanos de la vida en común de Groot. Ni la lengua materna como base de la enseñanza es una novedad. Los oratorianos la habían admitido en sus colegios para la religión y la historia. Port-Royal la había usado para la lectura en sus escuelas primarias. Fuera de Francia, Ickelsamer, Ratish, Comenio, Locke, Reyher quisieron o hicieron otro tanto. Y La Salle, que principió con el latín —con Nyel—, termina por darle el pasaporte. Enseñará a leerlo, pero después de la lengua materna. De la *ratio* jesuítica y oratoriana, y acaso también de la de los protestantes, trae la base estructural de sus primeros colegios: el director, el prefecto de disciplina, el ecónomo, o procurador, y el trato de los internos. Después el primer pensionado lasaliano toma su fisonomía particular. El Hermano vive siempre con sus internos: durante el estudio, en las comidas, en los recreos, en los paseos, durante la noche. La vida común, el *ánimus* lasaliano.

Medios de emulación, medios de corrección... Una selección juiciosa, un temperamento humano y cristiano, donde se podía. Un ejemplo.

Muchos, empezando si se quiere por... Horacio, para llegar a Gerson, a Erasmo, a Montaigne, a Locke, y así sucesivamente, habían protestado contra los castigos corporales. Su uso duraba y durará aún largo tiempo, hasta 1777, cuando entre los Hermanos lasalianos, y desde hacía largo tiempo, ya no se recordaba de ellos. La Salle no protesta, ni intenta suprimirlos. Como sus primeros colaboradores se resisten a ello —y sus razones tenían, según parece—, regula con extenso y minucioso código la *vexata questio*, sustrayéndola de lo arbitrario y excesivo, mientras paralelamente persuadía de manera incesante al respeto del niño, a las maneras graves pero benévolas, a prevenir antes que castigar, y, sobre todo, a amar a los escolares (7).

¿Había leído el Fundador de las Escuelas Cristianas los tratados anteriores de la educación de los niños? ¿Conoció la *Regula simplice*, de Spener; el *Tratado de la educación de las niñas*, de Fenelón; los *Pensamientos sobre la educación de los niños*, de Loc-

(7) Además de los avisos concernientes a las correcciones, véase sobre la necesidad de la mansedumbre las *Meditaciones*: LXV, 2; CI, 2 y 3; CXIV, 1; CXXIV, 2; CCIII, 2; CCIV, 2.

ke; la *Didáctica*, de Comenio; el *Tratado de la Sabiduría*, de Charrón; los *Ensayos*, de Montaigne; *De tradendis disciplinis* y de *Rudis erudendis*, de Vives, etc.?

No hay ninguna improbabilidad. Huellas seguras de préstamo sólo se conocen, por ahora, *L'Ecole paroissiale*, que es la fuente principal de la *Conduite* o Guía de las Escuelas; la *Ratio* de los Jesuitas, algo de Demia, del P. Barré y de Roland.

Diversas son las fuentes o los ejemplares que ha podido imitar en las obras que escribió para los niños. Así, las *Instrucciones* y *oraciones para la santa misa* siguen el modelo de las sulpicianas y oratorianas. La *Urbanidad cristiana* recuerda *De civilitate morum puerilium*, de Erasmo, que ya había inspirado a Cordier su *Civile honnesteté pour les enfants*, cuyas refundiciones fueron muy numerosas en los siglos xvi y xvii.

4. Con todo lo dicho no deja La Salle él mismo, porque en su mano organismos defectuosos se tornan eficientes, y todo uso tradicional está valorado por la experiencia cotidiana y reflexiva, aceptado, modificado, descartados según la prueba hecha.

Así, por ejemplo, acepta el código penal de *L'Ecole paroisiale*, pero atemperado; y proscribe absolutamente el *asino*, el burro. Acepta los *oficiales* de la escuela, pero no se ve entre los salianos al *emperador* de la *Escuela parroquial*, o al *maestro de novicios* de Demia, que son verdaderos monitores o repetidores, como preparación de los lancasterianos.

Sentado lo anterior y notado que los preceptos de bien enseñar la religión, hacer practicar la virtud, dar buen ejemplo, orar, conservar la medida aun en las cosas de piedad (8), conocer bien a los alumnos, adaptarse a las disposiciones individuales de cada uno, corregir sus defectos, evitar y castigar sus faltas, y otras cosas más, no pueden ser peculiares sino en el modo, no en el fondo, que pertenece a la común sabiduría, nos llegamos a los méritos pedagógicos que la Historia de la Pedagogía reconoce a La Salle.

I. Ha fundado para la Iglesia y para la sociedad una Congregación religiosa, únicamente dedicada a la escuela, concibiendo su ascetismo en función del magisterio, y dotándola de reglas, constituciones y doctrina eminentemente pedagógicas.

(8) Colección p. 143; Regla c. VII; *Conduite* p. 150.

Ha organizado la Congregación y la Escuela en función de la virtud de religión, no limitándose a principios teóricos y genéricos, sino dándoles actuación práctica.

Su concepto sobrenatural de la vida y de la educación no ignora, de hecho, las bases racionales de la pedagogía, que hasta del lado humano son todavía hoy capaces de informar nuestras teorías educacionales.

Tales principios, que el Santo ha diseminado en sus obras, pueden resumirse en los siguientes:

1. Ante todo, que el maestro se conozca a sí y conozca a los alumnos. Examen de introspección del maestro y observación psicológica del alumno.

2. El espíritu influye en la materia y la materia en el espíritu.

3. La naturaleza humana acusa una decadencia original.

4. El niño es débil física, intelectual y moralmente.

5. En la escuela, el método educativo, mirando a la colectividad, no abandona al individuo.

6. La educación se actúa desarrollando las facultades del educando por medio del ejercicio directo y continuado.

7. La educación no es un mero proceso intelectual, sino que se realiza mayormente por la sensibilidad, afectividad y voluntariedad. Activismo más que doctrinarismo.

8. Aunque el precepto es legítimo, educa más el ejemplo.

9. El alumno debe colaborar con el maestro. Lo importante no es lo que éste hace, sino lo que hace hacer.

10. El estímulo noble es legítimo y eficaz aun en la formación de los niños.

11. La educación es obra de autoridad y de disciplina, humanizadas por el amor.

Sustrajo al arbitrio individual el método educativo y los procedimientos didácticos, obligando al maestro a seguir los de la Congregación.

Y finalmente queremos señalar como mérito pedagógico extraordinario de La Salle el haber afirmado el *concepto progresista de la pedagogía, dando carácter experimental a su Guía de las Escuelas* fruto de la directa colaboración de los maestros.

II. La Salle ha creado, o desarrollado singularmente, instituciones pedagógicas notabilísimas. Pero en esto nos remitimos

a nuestro artículo *Centenario de S. Juan B. de la Salle. Exaltación de la pedagogía católica*, publicado en «Razón y Fe».

Entre sus predecesores ninguno creó tal complejo de obras. De sus contemporáneos, sólo Francke puede comparársele.

Verdad que muchos escribieron más que nuestro Santo. Es que el pensamiento de La Salle se volvió a la práctica. Sin embargo, esparcidos dejó aquí y allí sapientísimos tesoros de doctrina pedagógica.

Conclusión.—La civilización atraviesa hoy un momento de crisis agudísima. Es la consecuencia lógica de la desjerarquización de los valores, hecha por una falsa pedagogía. Los ideales educativos humanista, cientista, sociológico y nacionalista han hecho ruidosa quiebra. Sólo la vuelta a la pedagogía católica, que es síntesis, amor y religión, puede presentar la solución esperada.

Uno de los grandes pedagogos, astro de primera magnitud en la pedagogía mundial, es San Juan Bautista de la Salle. Apresétemos a celebrar su centenario. Pero que estas solemnidades no sean sólo un himno de gratitud y de alabanza, sino, y sobre todo, una magnífica esperanza del triunfo de la pedagogía católica, hoy como siempre, pero más que siempre, de necesaria actualidad.

† C. GABRIEL, F. S. C.

Director de la Escuela de Magisterio
de Grinón (Madrid)